SACERDOTES SECULARIZADOS

“Permitamos que el aliento y soplo del Espíritu hinche las velas de la barca de Pedro para que, soltando las amarras temerosas, conservadoras y protectoras del refugio cómodo del puerto, la lleve a horizontes más abiertos, diáfanos y libres, hasta llegar a alta mar y navegar por él.” Victoriano

Al Papa Francisco. 6 de mayo de 2018

Querido Francisco. Tener 78 años de vida y ser su hermano y compañero en el sacerdocio, me permite, con todo el cariño y respeto, decirle mi verdad acerca de lo siguiente:

Hoy, día de la Madre, hemos comido juntos, como venimos haciendo desde hace más de treinta y cinco años y varias veces durante él, un grupo de amigos Sacerdotes, que nos secularizamos hace más de cuarenta años. Éramos de la Diócesis de Cartagena-Murcia y, a los pocos años de dejar de ejercer el ministerio sacerdotal, formamos un grupo que, asociado al MOCEOP (Movimiento Pro Celibato Opcional), pretendíamos promover en la Iglesia la derogación de la Ley del Celibato obligatorio para los Sacerdotes. Pasados uno años, algunos de nosotros, dejamos de formar parte de ese Movimiento, pero conservamos desde entonces la amistad, la relación, el intercambio, la convivencia y el apoyo.

Mientras comíamos, les he hecho a mis amigos la siguiente propuesta: Imaginemos cómo hubieran sido nuestras vidas si la Iglesia, en vez de secularizarnos, nos hubiera permitido contraer matrimonio con la mujer que hoy es nuestra esposa, tener la familia que hemos formado y seguir ejerciendo como Sacerdotes. La propuesta les ha sorprendido y han dado respuestas concisas y algo evasivas, por lo que he pensado que no era el momento oportuno. Creo que el interrogante ha quedado sembrado en su interior como algo a elaborar. Tal vez, más adelante, tengamos oportunidad para poner en común nuestras respuestas.

He aquí mi reflexión y respuesta. El Concilio Vaticano II había creado grades expectativas acerca de la renovación institucional y evangelizadora de la Iglesia. Esa corriente de apertura, de aire nuevo y fresco y de adecuación eclesial al mundo moderno, hizo que muchos sacerdotes pensáramos que iba a haber un cambio en la ley del celibato sacerdotal, propiciando su opcionalidad. Pero no fue así, ya que un gran sector de la Jerarquía creó una fuerte corriente de presión, estancamiento e involución eclesial, por lo que muchos Sacerdotes (según datos de ese momento, 90 en Murcia, alrededor de 1000 en España y 90.000 en todo el mundo. Hoy tal vez sean más), tomamos la decisión de secularizarnos. Creo que el Concilio sigue sin estrenarse en muchas de sus propuestas, que la Iglesia perdió el tren de la modernidad y una gran oportunidad para tomar un nuevo lenguaje y actitud en el diálogo con la sociedad, para estar más evangélica y adecuadamente presente en el mundo y satisfacer así las demandas de muchas personas, creyentes o no. Muchos hemos dejado de creer o ha disminuido nuestra confianza en las posibilidades de su renovación.

Puedo asegurar que, si no todos, una gran mayoría de los sacerdotes que nos secularizamos, estábamos muy implicados y con mucha ilusión en todo tipo de compromisos apostólicos y en la vida de las personas con las que trabajábamos: parroquias, infancia, juventud, mundo obrero, mundo rural, escuela, institutos, universidad, familia, promoción cultural y social de los pueblos y de las personas, especialmente de los más débiles, discriminados, marginados y vulnerables: las mujeres, especialmente las maltratadas, los gitanos, los inmigrantes, los analfabetos, los niños, los huérfanos, los jóvenes, los pobres, los enfermos, los discapacitados físicos o psíquicos, los presos...

Nuestra salida del ministerio y el abandono de estas tareas supuso, conforme a estas palabras de Jesús: ***“heriré al pastor y dispersaré el rebaño”***, el que los ***“obreros enviados a la mies”***, fueran diezmados, lo que repercutió negativamente tanto en la cantidad como en la calidad de las atenciones pastorales. ¡Cuánto potencial, energía, estudios, dinero, tiempo, sabiduría, esfuerzo, juventud, esperanzas, ilusión, proyectos y trabajo desperdiciados! ¡Cuánto sufrimiento, decepción, desengaño y desilusión innecesarios, tanto en los que dejamos el ministerio, como para los que, estando atrapados en sus afectos, necesidades y dificultades de todo tipo, no fueron capaces de decidirse a dejarlo y perdieron el entusiasmo, y para las demás personas que pagaron las consecuencias de esta indecisión! ¡Cuánto miedo, orgullo, ostracismo, terquedad, falta de inteligencia, de perspectiva, de valentía y de confianza en el Espíritu Santo, en gran parte de la Jerarquía eclesiástica, para saber leer y discernir los signos de los tiempos, escuchar las necesidades y demandas del mundo actual, prevenir el futuro e introducir los cambios adecuados y oportunos!

Por lo respecta a mí, durante el ejercicio de mi ministerio fui profesor de Instituto, Consiliario de Acción Católica con niños, adolescentes y jóvenes y de las Guías Scout. Recuerdo haberlo vivido y realizado con plena dedicación y con mucho entusiasmo. Después, al abandonar el ministerio, creo que he seguido ejerciendo lo esencial del sacerdocio: **el amor, el servicio y la predicación del evangelio o transmisión del mensaje de la salvación a través de palabras y acciones cargadas de valores y coherencia**. He amado a una mujer, mi esposa, y he sido amado por ella. Hemos creado una familia y educado a nuestros hijos y nietos. Cultivo la amistad. Mientras he ejercido como Maestro, he enseñado y educado a muchos niños, adolescentes y jóvenes. Oriento, como psicólogo y pedagogo a personas con dificultades emocionales y de comportamiento, que se encuentran confusas, desorientadas, desconcertadas, ansiosas, depresivas, solas, heridas, desmotivadas y con baja autoestima. Acompaño y oriento a matrimonios y familias. Imparto cursos de autoconocimiento, crecimiento personal, meditación... Acompaño en la elaboración del duelo por las pérdidas...

Todavía conservo la tarjeta que regalé, hace cincuenta y dos años, a mis familiares y amigos, el día de mi primera Misa. Puse en ella el siguiente texto: **“Y oí una voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré y quién irá de nuestra parte?” Y yo le dije: “Heme aquí, envíame a mí.” Y Él me dijo: “Ve y habla a ese pueblo.”** (Isaías 6, 8-9). Tengo la sensación de que he tratado de ser fiel a este mandato del Señor a lo largo de mi vida, y que, a excepción del ministerio sacramental y litúrgico, estoy cumpliendo la gran tarea sacerdotal que se me encomendó al ser ordenado: **“Ve y predica el evangelio, la buena nueva a las gentes”**. Más aún, creo que lo que hago tiene mucho de Sacramento, en la medida que pretendo que sea signo de la gracia y presencia amorosa de Dios. Lo mejor que sé y puedo, estoy cultivando, sembrando, limpiando y haciendo crecer las plantas del campo y huerto del que soy responsable. Creo que, como buen agricultor, campesino y pastor, cuido de la parcela y personas que me han encomendado la vida y Dios.

Como decía San Pablo, estoy tratando de **“Dar graciosamente lo que graciosamente he recibido.”** Sólo estoy haciendo lo que se me pidió que hiciera, lo que tenía que hacer, y es Dios es el que pone el incremento. Me siento amado, bendecido, agraciado por Dios e impelido por Él a hacer lo que estoy haciendo. Pienso y siento que, en gran medida, no sólo no me equivoqué en el momento de secularizarme y estoy acertando en lo que estoy haciendo actualmente, sino que es la Jerarquía la que, en cuanto a la obligatoriedad del celibato para ejercer el sacerdocio, se sigue equivocando, y creo que sus errores están pasando y pasarán una elevada factura a la Iglesia. Lo siento por la Comunidad eclesial. Es apremiante corregir algunos de sus errores de visión, interpretación y actuación.

Es hora de dejar de actuar como las vírgenes necias, insensatas y pasivas, que se quedaron dormidas y que, por no prevenir ni abastecerse de aceite para sus lámparas, se les apagaron y no pudieron acompañar al esposo, ni entrar con él al banquete; y pasar a hacer como las prudentes y sensatas que, no sabiendo la hora de la llegada del esposo, llenaron de aceite la reserva de sus lámparas y pudieron acompañarlo y entrar con él. Es hora de que deje de tener que repetirse el reproche de Jesús a los escribas, fariseos y sacerdotes: **“Ni entráis, ni dejáis entrar.” Permitamos que el aliento y sople del Espíritu hinche las velas de la barca de Pedro para que, soltando las amarras temerosas, conservadoras y protectoras del refugio cómodo del puerto, la lleve a horizontes más abiertos, diáfanos y libres, hasta llegar a alta mar y navegar por él. ¡Ven, ven Señor, no tardes! ¡Ven, que te esperamos!**

Querido Papa Francisco, después de todo esto que le vengo diciendo, comprenderá que siga sintiéndome Sacerdote, que crea absurda, contraproducente, restrictiva y perjudicial la ley del celibato obligatorio y que le pida su derogación. Ganaremos mucho y todos. ¿No será esta la voluntad de Dios?

Hace poco, Francisco, nos decía a todos que **¡NO DEJÁRAMOS DE SOÑAR!** Pues bien, yo sigo soñando que esta utopía se hará pronto realidad en la Iglesia. **¡AYÚDENOS DANDO UN EMPUJÓN!**

Un abrazo, Santidad.

Victoriano Martí Gil.